

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid, un mes..... 4 reales.
Provincias, trimestre adelantado..... 20
Por conducto de los correspondientes..... 24
ULTRAMAR Y EXTRANJERO: trimestre..... 70
idem idem, semestre..... 120

Remitidos, anuncios y comunicados a precios convencionales, y con grandes ventajas a los suscritores.

MIERCOLES 12 DE FEBRERO DE 1873.

SECCION EDITORIAL.

CONGRESO.

Es de tal importancia y se espera con tanta impaciencia conocer cuanto ocurrió en la memorable sesión que anteaer celebró el Congreso, desde el momento que se presentó el Gobierno a dar cuenta de los sucesos que ya el país conoce, que damos integro el Extracto oficial, tomado de la Gaceta y que es como sigue:

El Sr. FIGUERAS: Pido la palabra para dirigir una pregunta a la mesa.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. FIGUERAS: Creo que comprenderán todos los señores diputados, creo que lo comprenderá en su alto criterio el señor presidente, y creo que al saberlo lo comprenderá el país también, que es altamente indecoroso, lo que está pasando hoy. Estamos en una crisis profunda, en que se libra la suerte de la libertad, y sin embargo de la paciencia, de la longanidad de los señores diputados. Estamos haciendo de Gobierno, jamás cuando ha habido crisis, no ya de instituciones, que estas son poco frecuentes, sino simplemente ministeriales, han faltado de sus puestos los consejeros de la corona; y hoy día, cuando está latente, ¡qué digo latente! cuando es público y sabido que se trata de una crisis de la institución monárquica, es en verdad vergonzoso que el Gobierno no es presentado en su banco para responder a las interpelaciones que tenemos derecho a dirigirle.

Yo pregunto, pues, al señor presidente, si está resuelto a dirigir al Gobierno el correspondiente llamamiento para que venga a responder a nuestras preguntas en el seno de la representación nacional; y si no viene, que sepamos si nosotros que somos los representantes de la primera soberanía nacional, que está sobre todos los poderes, hemos de resolver por nosotros mismos.

El Sr. PRESIDENTE: He llamado al Gobierno una porción de veces, y esta será la última. Respecto a la segunda cuestión, el presidente resolverá cuanto to tenga por conveniente.

(En este momento entran los señores ministros en el salón.)

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Me han dicho que el Sr. Figueras ha hecho una pregunta al Gobierno, tratándose de la situación en que nos encontramos, que es grave, (el Gobierno no tiene interés en ocultarlo), y yo quiero contestar al Sr. Figueras por los informes que le han podido dar sus amigos; y aunque el Sr. Figueras tiene derecho a dejar consignada su pregunta para que el Gobierno la conteste cuando lo crea conveniente, como supongo que S. S. desea la contestación en el acto, le suplico que reproduzca lo que ha dicho, para tener la satisfacción de contestarle.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Figueras tiene la palabra.

El Sr. FIGUERAS: Prescindiendo del exordio, que no hay para qué repetir, he preguntado, no al Gobierno, sino a la mesa, si estaba dispuesta a llamar al Gobierno; y en caso de que no viniera, a hacer que nosotros adoptáramos por nosotros mismos la resolución que convenga a los intereses de la patria en las gravísimas y solemnes circunstancias en que el país se encuentra.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: De seguro, señores diputados, que yo voy a defender en momentos tan solemnes la atención y la expectativa de la Cámara y del público, que ha venido a las tribunas en busca de grandes emociones, porque voy a contestar muy sencillamente al Sr. Figueras. El Gobierno no ha estado aquí, porque está seguro de que no hay un solo diputado ni un solo español que no crea que el Gobierno no puede asistir en este momento a estos debates, y tiene que estar reunido y que discutir y acordar para procurar que se consiga el fin que ha dicho el Sr. Figueras.

S. S. ha dicho que la Asamblea, como si fuera única, como si no hubiera otra Cámara con iguales derechos y con iguales deberes, debe proveer a lo que en estos momentos convenga a los intereses de la patria y de la libertad; y yo pregunto: ¿para qué? ¿Qué ocurre? (Algunas risas.) Las circunstancias son solemnes, y perdóname los que se ríen que les diga que estos momentos no son oportunos para interrumpir a nadie, y menos al presidente de un Consejo de ministros que está dando ciertas explicaciones.

¿Qué ha ocurrido? ¿Qué sucede? Cosas muy graves; la situación es muy grave, muy comprometida para todo y para todos, extraordinariamente considerada; pero no hay nada que deba resolverse ni ventilarse en el terreno oficial, y nadie tiene derecho a ser precipitado, ni a exigir una resolución hasta que sea preciso y conveniente tomarla.

Extraoficialmente, ¿qué ocurre? Presenta una proposición sobre la mesa, busca firmas, deliberar sobre ella; y veréis que no hay motivo para hacer nada; no hareis más que provocar una discusión inútil, que el Gobierno ha querido evitar, y que solo tiene disculpa en nuestro carácter meridional, que nos hace desear tanto más las cosas, cuanto más lejos estamos de conseguirlas, y tener tanto menos reflexión para obtenerlas, cuanto más parece que ha llegado la ocasión.

Oficialmente no ocurre nada; pero este es un Gobierno que se debe a la lealtad de sus convicciones, a la franqueza de sus propósitos, a la firmeza para sostener lo que constituye su honra, y en este momento su honra es sostener los poderes que le dieron vida, y si alguno de ellos hubiere desaparecido, conservar el orden público para salvar los intereses sociales; y una vez sustituido el poder que desapareciera, el Gobierno dejará su puesto, y cada uno de sus individuos seguirá el derrotero que le marquen sus antecesoras y su conciencia.

Y como ante todo el Gobierno debe ser franco, va a decir a la Cámara lo que ocurre, para que la Cámara vea si ha hecho bien en no venir aquí y en desear que esta tarde no hubiera sesión, para no verse precisado a dar contestación a las interpelaciones que se le pudieran hacer. Vamos a la cuestión extraoficial. S. M. el rey, anteaer, al terminar el Consejo de ministros, dijo al presidente que estaba resuelto, firmísima-

mente resuelto a renunciar la corona. El presidente del Consejo de ministros no tiene que decir lo que contestó a S. M. Contestó lo que cumple a presidente de un Gobierno que ha nacido por su iniciativa, a quien cree y ha creído siempre que podría su patria encontrar la libertad y el orden bajo la dinastía de Saboya. Si hoy quien cree que eso puede conseguirse caminando por otros derroteros, sigálos en buen hora. El Gobierno no lo cree.

El rey me dijo esto; yo tuve que preguntarle dos cosas: primera, si me autorizaba a decirlo al Consejo de ministros; segunda, si a consecuencia de saberlo mayor o menor número de personas, me autorizaba a afirmarlo o desmentirlo. El rey me autorizó para decirlo a mis compañeros, y no me dijo que debiera desmentirlo en la opinión pública. Se lo dije, pues, a los que conmigo formaban el Gabinete, y no es de la competencia de la Cámara el saber lo que pasó en aquel Consejo de ministros. Tuve la honra de volver a ver al rey, e insistió en su renuncia, repitió, domo el encargo de que así si lo dijera a mis compañeros para que proveyésemos a las necesidades del orden público en las eventualidades de lo que aquí pudiera suceder. ¿Qué iba a acordar un Gobierno monárquico constitucional? ¿Qué iban a acordar hombres que debían a aquel poder su existencia política como ministro?

Lo que acuerda el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo. Acordó el Gobierno suplicar al rey, rogar al rey que volviera sobre sus pasos, que examinara la situación en que el país se encontraba, que considerara los grandes deberes que se había impuesto al aceptar la corona y los derechos que el pueblo español tenía, independientemente del de examinar aquel acto; los derechos que el pueblo español tenía, sabiendo sus condiciones de valor y de abnegación; que desistiera de su propósito; que no llevara a cabo ni en esta situación ni después, pero menos en esta situación, un acto de esa naturaleza. Acordó el Gobierno además que si para que el rey volviera sobre sus pasos era necesario que el Gobierno entero presentara su dimisión, el rey eligiera otro de esta mayoría de las Cámaras.

Esto al Gobierno no le costaba sacrificio ninguno. ¡Qué sacrificio le ha de costar a nadie dejar de ser Gobierno en un país tan perturbado como esta pobre patria española! Le dijo también que podía modificarse el Gabinete, y no tuvo necesidad de decir que si creía que para continuar al frente de la nación debía cambiar de política, era enteramente libre de hacerlo; pero esto se le recordó, porque digan lo que quieran los que tanto han injuriado para que venga a esta situación, que han de llorar con lágrimas de sangre, este es un ministerio compuesto de hombres honrados, decentes y dispuestos a defender la libertad y la dinastía, en la que ven cifrada la paz y la ventura del país; que es un Gobierno compuesto de hombres que no nacen transacciones, indignas en momentos determinados, ni abdicaciones indignas, aunque los momentos son supremos, sino que están dispuestos a defender la libertad por convicción y el orden por deber, mientras se sienten en este banco. Cuando le dejen, cada uno seguirá el camino que tenga por conveniente; pero todos podrán explicar alta y honradamente los motivos de su conducta.

El rey, solicitado por el Consejo de ministros y por la agitación que había producido en Madrid esta situación difícil en que nos encontramos, después de oír a los individuos del Gabinete, dijo al Gobierno: mi resolución es irrevocable, tengo razones y motivos para que lo sea, pero puesto que el Consejo de ministros, que merece mi confianza, me indica los males que pueden caer sobre el país, yo lo pido que me conceda, que me deje veinticuatro horas, ó a lo sumo cuarenta y ocho, para que decida si puedo o no acceder a los ruegos del Consejo de ministros.

¿Qué hay aquí, señores de raro ó de excepcional? ¿Qué hay aquí más que el cumplimiento de un deber de dignidad y de reflexión por parte del monarca, y un deber de dignidad y de decoro por parte del Gobierno? ¿Qué hubieran hecho en nuestro caso los que más desean que desaparezca lo actual, los mismos republicanos? Los mismos republicanos que hubieran negado a esta petición? ¿Se habrían atrevido a decir al rey: No, señor; no accedemos a eso; no queremos eso?

Tratándose de individuos particulares de ciertas opiniones la calificación hubiera sido de inmadurez; tratándose de individuos de un gobierno, la calificación sería de deslealtad y traición con premeditación y alevosía. Nosotros no queremos pasar por traidores ni desleales ni ante el rey ni siquiera ante el último ciudadano de los españoles.

Aquí tenéis, sin ocultar un solo hecho, todo lo que ha pasado en esta cuestión gravísima. Es que hay impaciencia y deseo de que esto se verifique. Yo dejo a cada uno en su opinión; pero emitiendo ahora la mía, creo que los que así piensen desean que cuanto antes desaparezca la libertad y venga el caos, del cual todos confían en sacar la luz, y a mí me parece que no la ha de sacar nadie, y que si ese hecho se verifica, no hemos de ver nosotros días de paz y de prosperidad para este país.

El Sr. PRESIDENTE: Dispense V. S. un instante. Siendo pasadas las horas de reglamento, se va a preguntar si se prolonga la sesión.

El Sr. PRESIDENTE: La Cámara resolvió en sentido afirmativo.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: No debe haber impaciencia. Si el momento llega, si la renuncia se hace, el Congreso tiene dentro de la Constitución, y aun cuando no lo tuviera dentro de la Constitución, tiene dentro del reglamento, la manera de examinar y discutir el asunto con la amplitud que en esta Cámara se discuten todas las cuestiones. ¿Qué hay en situación tan grave, en momentos tan difíciles que pueda obligar a que nos manifestemos impacientes? ¿Qué resolución se va a pedir a esta Cámara? ¿No está el rey en la plaza de Oriente? ¿No hay un Gobierno responsable? ¿No hay dos Cámaras que discuten y deliberan? ¿Se quiere que bajo la impresión del momento se adopte una

LA PRENSA

DIARIO DE LA MAÑANA.

ÓRGANO DEL PARTIDO CONSTITUCIONAL

MADRID.

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Para hacer la suscripción, dirijase carta certificada con el importe de un trimestre al administrador de LA PRENSA. También se hacen por medio de los correspondientes de este periódico, que lo son los de la Biblioteca selecta de autores españoles, y en las principales librerías de España.

Redacción y administración de LA PRENSA: Calle de Ja-cometrezo, números 7 y 9, principal.

AÑO TERCERO.—NÚMERO 573.

determinación cualquiera que indique al que habita en el palacio de Oriente que debe marcharse cuanto antes, porque corte peligro si no lo hace? Seríamos nosotros los hombres más miserables si eso consistiera en que nos tolerásemos. No; aquí cada poder tiene marcada su órbita dentro del pacto constitucional.

Cada partido tiene derecho a pedir lo que crea conveniente; el republicano está en el suyo si considera que ha llegado el momento de que por debilidad ó por miedo esta Cámara monárquica vote lo que considere más oportuno, aun cuando obrando así creo que no acierta, porque nunca la precipitación suele dar buenos resultados: todo esto reconozco; lo que no reconozco, y contra lo que yo protesto, sería contra aquellos diputados que habiendo venido monárquicos-constitucionales, contribuyeran a que se tomase una resolución que indicara que habían sido tan débiles y tan pequeños que se despidían del sol que les había calentado, para saludar al sol que se levanta. (Varios señores piñeron la palabra, y entre ellos los Srs. Ramos, Calderón y Lagnuero). Yo no he de decir si eso sucede lo que haré, ni quiero explicar por qué; tiempo vendrá en que me explique; pero quiero hacer esta protesta en nombre de mi honra y de mi decoro, contra toda imposición que pudiera venir, aunque no de qué, y manifestar que preferiría mil veces morir como ministro en el cumplimiento de mi deber, a que pudiera creerse que por un instante siquiera hubiese albeigado en mí la idea de la traición ó de la debilidad ante circunstancias tan graves.

No quiero entrar en otras consideraciones. Cuando la cuestión venga, si vi en cada uno aceptará la responsabilidad que le quepa; entretanto el Gobierno nada más tiene que añadir a lo que ha considerado necesario hacer presente para satisfacer la ansiedad del país. Vosotros juzgaréis si hemos hecho bien ó mal; mientras tanto, suplico a los señores republicanos en primer término (a los amigos de la mayoría nada tengo que decir; a los conservadores ya verán de qué manera se consolida una dinastía, arrojando un rey cada tres años); suplico, digo, a todos, que no tengamos debate sobre una cosa que se ha de reproducir mañana ó pasado mañana, porque perderíamos un tiempo que el Gobierno necesita para acudir a otras atenciones. Suplico además, y esto a todos, no solo a la minoría republicana, que tiene dadas muchas pruebas de cordura, y por eso me limito a recordarle que no hay nadie a quien más perjudiquen las perturbaciones del orden público que a los que desean la realización de la idea por el derecho, que pongan todos los medios que estén a su alcance para que el orden público no se altere. A los demás partidos, a los que están fuera de la revolución y del principio liberal que la misma representa, nada tengo que aconsejarles: que hagan lo que quieran, que el miedo que han de pasar si llega el momento supremo, me ha de compensar de todos mis disgustos y de todas mis amarguras. (Pidieron la palabra los Sres. Estéban Collantes, Salaverría y Bugallal.)

Para unos y para otros tengo el deber de decir a la Cámara, que sean las circunstancias que quieran, y sea el momento que quieran en el que pueda turbarse el orden público; sea el partido que fuere el que le turbe, este Gobierno se halla resuelto a hacer toda clase de sacrificios, hasta el de morir en las calles para sostenerlo dentro de la libertad y de las instituciones. En Madrid y fuera de Madrid, donde quiera que se perturbe el orden, este Gobierno, el más liberal que ha habido para algunos, el más anárquico para otros, de lo cual juzgará la historia; este Gobierno, digo, que ha respetado la libertad y el derecho tanto como el que más, sabrá sostener el orden público, las instituciones y la libertad. Voy a concluir, sintiendo haber molestado la atención de la Cámara y rogando a esta que no desatenda mi súplica. La asamblea no puede resolver nada acerca de una cosa que no está sometida a su discusión; podrá manifestar una aspiración, indicar un deseo; podrá apreciar un hecho de esta ó de la otra manera; pero no puede adoptar resolución alguna. Vivimos bajo un régimen constitucional, ocupamos este puesto porque tenemos la confianza de la corona y de las Cortes; si hay alguno que crea que una Cámara, de la noche a la mañana puede pasar de monárquica a republicana, que lo diga: (El Sr. Damato: Aquí hay uno). Oigo decir que hay uno y nada tengo que contestar, porque está en su derecho; y si la mayoría se halla en ese sentido que lo diga; y si opina de esa manera, que lo exprese. (Varios señores: No, no).

El Sr. FIGUERAS: No se puede interrumpir a ese modo.

El Sr. PRESIDENTE: Tampoco se puede interrumpir al orador.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Yo he pedido que se aplazase este asunto para el momento y sazón oportuna; si hay quien crea que debe traerse antes, tráigale en buen hora, sin responsabilidad para el Gobierno. Este sigue pensando que es monárquico-constitucional, y que se halla en este puesto por la voluntad del rey y por la de la mayoría de los Cuerpos colegisladores. No es esta noche cuando debe hablarse de esta cuestión; es posible que venga más tarde, y con carácter oficial, y por lo mismo, sigue pensando el Gobierno que no debe entrarse hoy en un debate que no tiene razón de ser. Sentiré que haya motivo para que ese debate venga; y después de suplicar otra vez que se ayude al Gobierno para sostener el orden público, concluyo diciendo que ni un minuto ni un segundo permanecería el Gobierno en este puesto, si teniendo la confianza de la corona, no mereciera las de las Cámaras.

El Sr. FIGUERAS: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: Señor Figueras, a la práctica parlamentaria de S. S. apelo S. S. sabe que no se puede abrir un debate con motivo de una pregunta.

El Sr. FIGUERAS: Puesto que el señor presidente apela a mi práctica parlamentaria, le recordaré que con motivo de una pregunta sobre cualquier crisis ministerial se ha solido promover un debate. Creo que el Gobierno, por boca de su presidente nos ha hecho aquí una historia lastimosa, es el primer interesado en que este debate tenga lugar, y que los momentos actuales no son para detenerse en dificultades formularias.

Yo pregunto, pues, al señor presidente de la Cámara si me permite continuar el debate, y al Gobierno si quiere que

conteste al señor presidente del Consejo de ministros, sin necesidad de anunciar una interpelación ni de presentar una proposición. En caso contrario, anuncio desde luego una interpelación.

El Sr. PRESIDENTE: No es el Gobierno, el que dirige las discusiones, es el presidente, S. S. anuncia una interpelación. Concedo la palabra al señor presidente del Consejo de ministros para que diga si quiere contestar en el acto.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: El Gobierno cree que necesita todo su tiempo para reunirse y para acordar lo que le parezca más conveniente a los intereses del país, que están por en ima de los intereses de todos los partidos; y tiene que decir al Sr. Figueras, contra su propósito, que no puede contestarle. Aun ha de hacer más; aun le ha de rogar que no acuda al medio reglamentario de presentar una proposición. Si a pesar de eso la presenta, ¿qué ha de hacer el Gobierno? No tiene más remedio que defenderse de los ataques que le dirija el Sr. Figueras.

El Sr. FIGUERAS: Mucho placer tendría en acceder al ruego del señor presidente del Consejo de ministros; pero, si accediera, sería el hombre más criminal del universo. Por encima de la amistad que me liga a S. S., está la patria, cuya suerte se está librando aquí en estos momentos. Tengo sobre la mesa una proposición pidiendo se declare el Congreso en sesión permanente; y habiéndola presentado antes de entrar en la órden del día, pido al señor presidente mande dar lectura de ella.

El Sr. PRESIDENTE: Se va a dar lectura de la proposición.

El Sr. SECRETARIO (Morayta): Dice así: «El Congreso, en vista de la gravedad de las circunstancias, se declara en sesión permanente».

Palacio del Congreso 10 de Febrero de 1873.—Estanislao Figueras.—Antonio Ramos Calderón.—Francisco Pi y Suñer.—Luis de Molins.—Nicolás Salmerón.—José de Carvajal.—Joaquín López Puigcerver.—Joaquín de Huelves.—José M. Patiño.—Emilio Nieto.—Miguel Mathet.—Juan Anglada.—El marqués de la Florida.

El Sr. PATIÑO: Pido la palabra para dar explicaciones acerca de mi firma.

El Sr. PRESIDENTE: No lo permite el reglamento.

El Sr. PATIÑO: Pues retiro mi firma.

El Sr. MATHET: Que se lean todas las firmas.

El Sr. PRESIDENTE: No hay necesidad. El Sr. Figueras tiene la palabra para apoyar la proposición.

El Sr. FIGUERAS: Sé de una manera positiva, que todos vosotros comprendéis que en estos momentos no se necesita hablar, sino obrar enérgicamente, so pena de ser traidores; y por lo mismo, voy a pronunciar pocas palabras. El señor presidente del Consejo de ministros os negaba el derecho de decidir de la suerte de la patria, como si se complaciera en que no hubiera autoridad que rigiese sus destinos, y en que se espaciera por todos sus ámbitos la mas negra y sangrienta anarquía.

Nosotros, ante todo, debemos proveer a la salud de la patria; y tengo tan buena idea de vosotros, que estoy seguro que habeis de estar a mi lado para poner remedio a la situación creada, ya sabeis por quien y por qué.

Las contradicciones en que ha incurrido el señor presidente del Consejo de ministros, resaltan tanto, que todos vosotros las habeis notado, y yo no tengo necesidad de recordaros. Decía S. S., ¿qué pasa aquí? Oficialmente nada; extraordinariamente podrá pasar algo. Y a renglón seguido os relataba una y otra conversación que S. S. había tenido con el rey que 191 tuvieron por conveniente nombrar. El rey le dijo que había tomado la resolución irrevocable de renunciar al trono de España, y le autorizó para que lo pusiera en conocimiento de sus compañeros y de todos los que los que se le preguntasen.

Esto pasaba hace cuarenta y ocho horas, y en ese tiempo, ¿no ha habido ocasión de venir a las Cortes a darles noticia de esta determinación? Pero después de esta resolución irrevocable, y a consecuencia de los ruegos del señor presidente del Consejo de ministros y de sus compañeros de Gabinete, entre los que hay algunos republicanos, el rey pide cuarenta y ocho horas más para deliberar. Nosotros podemos decir, con más razón que Tiberio dijo a sus médicos: vos disputatis, et ego morior; ¡quiereis cuarenta y ocho horas, cuando la patria está agonizante, y cuando en pocos minutos se resuelve la suerte de los pueblos! Estamos en un lecho de rosas, para continuar senados aquí hasta que la plaza al señor presidente del Consejo de ministros venir a decir que el rey ha debido de su irrevocable resolución? ¿Sabeis lo que puede ocurrir en veinticuatro horas? Está muy acostumbrada la monarquía a dar estos plazos. Veinticuatro horas dió al partido conservador para que se formara. ¿Quién sabe si en veinticuatro horas tendremos aquí ejércitos que cubran de luto y sangre la capital de la monarquía?

Si esto sucediera, preferiría que este fuese el último día de mi vida. Después de haber peleado treinta años por la idea republicana, por una solución donde todos caben, y que es la salvación única de la patria, ¿la vais a rechazar por el menguado interés de una menguada dinastía?

El Sr. VIC PRESIDENTE (Gómez): Ruego a S. S. que al hablar de la dinastía... (Varios señores diputados: No la hay.)

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Probadme que no la hay.

El Sr. FIGUERAS: Yo señor presidente, defenente siempre con S. S., no haré más que recordar, para concluir, unas palabras que el señor ministro de Estado pronunció cuando militaba en la oposición: «Si el rey se fuese, decía S. S., ¿perdiésemos, diríamos: ¡viva la nación! El rey se va; ¿qué hemos de decirnos los tres? ¡Viva la nación! La renuncia de la corona, desde el momento que ha salido de su boca y el señor presidente del Consejo de ministros nos la ha comunicado oficialmente aquí y en provincias, y ha hecho que hasta el telégrafo privado la diese, no puede retirarse».

¡Ah, señores, qué profas tan monárquicos tiene el señor presidente del Consejo de ministros! Yo me permito dudar, a pesar de que tengo gran respeto a la integridad de S. S., que esta sea una idea espontánea del monarca. Tengo más

alta idea de su bondad de corazón. Después de haber venido aquí indebidamente, sin saber dónde venía, no quería marcharse dejándonos sumidos en un mar de calamidades.

(S. S.) llevado del calor del debate, impresionado con la cuestión que se discute, nos calificaba de impacientes, y decía: «¿Qué puede hacer esta Cámara?». Esta Cámara tiene medios constitucionales, y por ellos irá al punto donde debe ir, y no por otros. ¿Se puede acusar de impaciencia a esta minoría? Nosotros, que hemos sabido esperar, unos años y otros meses, ¿habíamos, por cuestión de un día más o menos, de producir una conflagración en el país? Pero no es esto. Es que nosotros, hombres de orden, hombres honrados, hombres que no tenemos ninguna idea personal ni otras aspiraciones que el bien de la patria, no queremos que se dé solución de continuidad a los poderes. S. S., con el proyecto que aquí piensa presentar, hará que los demagogos imposibiliten al Gobierno de la libertad, y se nos achacarán a nosotros los desmanes que cometan.

¿Quién es aquí el hombre de orden, el presidente del Consejo de ministros, o el que lleva la voz de la minoría republicana?

Y viniendo a la proposición, S. S. nos dice que necesita un plazo. Las Cortes harán sobre esto lo que tengan por conveniente. En cuanto a mí y a mis amigos, no creemos que debemos conceder plaza ninguno, más si por desgracia se concediera, quede la representación nacional, uno de cuyos deberes es velar por la libertad, en sesión permanente, y entonces podremos desahogar a los reaccionarios, aunque vengan a arrojarnos de aquí con las bayonetas del tirano.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: El señor Figueras, queriendo demostrar que yo incurria en una contradicción, ha demostrado que es S. S. el que ha incurrido en ella.

Si yo dije al Consejo de ministros lo que S. M. me manifestó, lo dije porque me había autorizado para ello. ¿Es esto oficial? ¿Evita esto que la resolución venga más tarde? ¿Qué razón ha dado S. S. para precipitar la cuestión y para pedir al Congreso que se declare en sesión permanente? ¿Lo ha hecho S. S. por el temor de que por esta ó por el otro motivo se pierda la libertad? ¿Es que se nos cree traidores a la libertad? ¿Es que S. S. nos cree débiles? Pues si somos débiles temiendo el gobierno y amando la libertad, ¿qué fuerzas tienen S. S. para sustituirnos y para hacer lo que nosotros no podemos hacer?

Además, ¿qué significa la sesión permanente? Yo ruego al Sr. Figueras que lo explique. Si S. S. entiende que la sesión ha de continuar aunque no asistan la mayor parte de los diputados, como si los enemigos estuvieran a las puertas de la ciudad, ó esperando que de un momento a otro la Cámara ha de tomar una determinación suprema, como si la Cámara hubiera sustituido al rey, y al Gobierno, y a todos los poderes públicos, el Gobierno no admite la proposición.

Si quiere S. S. decir, llevando su suspicacia al último extremo, que la Cámara acuerda que está reunida en sesión permanente sin más que el aviso del presidente, entonces no significa la proposición otra cosa sino que el Congreso celebrará sesiones extraordinarias.

El Sr. FIGUERAS: No tengo desconfianza de nadie, pero desconfío de todo el mundo. Soy como los autores del sistema representativo, ni más ni menos. Estoy acostumbrado a oír muchas promesas y a oír el eco de los cañones respondiendo a esas promesas.

No entiendo que el Congreso discuta sin interrupción, porque tal vez llegará un momento en que no hubiera nada que discutir; pero pido que se considere la sesión sin solución de continuidad, esperando los acontecimientos, para hacerles frente como cumple a los grandes magistrados de una gran nación.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Admito el recelo de todos los diputados; pero no admito, respecto del Gobierno, el que venga a decirse que necesitamos un guardián para que cumplamos nuestros deberes. Para cumplirlos y para defender la libertad, basta el Gobierno.

El Sr. FIGUERAS: Sin duda S. S. no se ha hecho bien cargo de mis palabras. Está en la conciencia de todos que no hay poder ejecutivo; que hay una lucha entre uno y otro poder; estamos quizás amenazados de un ministerio conservador; S. S. mismo ha dicho que se lo había aconsejado así al rey. (El señor presidente del Consejo de ministros: No he dicho eso; que estaba en su derecho al hacerlo.) Así lo entiendo yo; ¿me he equivocado? Me alegro.

Estamos en momentos críticos, y es necesario que Madrid vea que hay un poder que vela. Que la mesa continúe hoy con asistencia de los diputados que quieran asistir, sin necesidad de citación ninguna.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Conste que yo no tenía que aconsejar a nadie, y que nada aconseje.

Eso de que no hay poder ejecutivo, me ratifica en mi pensamiento de que se haga una de dos cosas: ó que no haya sesión permanente, toda vez que hay poder ejecutivo, ó que la Cámara nombre ese poder ejecutivo, si cree que ha llegado el momento de hacerlo.

Lo que yo no puedo consentir, lo que no tengo ni aun el derecho de consentir, es que se involucren las cuestiones.

Yo dejo a los republicanos y a todos los diputados que tengan la desconfianza que quieran; pero sostengo que somos poder ejecutivo por el nombramiento de la corona y por la confianza de las Cámaras, mientras otra cosa no manifesten.

Habré facilitado al Sr. Figueras, dentro de la dignidad del Gobierno y dentro de la desconfianza del Sr. Figueras y sus amigos, un medio conveniente para todos. S. S. quiere otra cosa que yo no puedo admitir.

El señor ministro de ESTADO: No es este momento de largos discursos, sino de grandes y patrióticas resoluciones. Y yo por mi parte, de tal modo encuentro postrado mi espíritu bajo la grave pesadumbre de mis ideas, que aun cuando pudiera, no había de hacer un discurso extenso.

La situación es grave; no vengamos, señores diputados, a agravarla; y para que esto no suceda, meditemos en calma lo que sucede.

Yo no vuelvo sobre lo dicho por el señor presidente del Consejo de ministros, pero tengo que hacerme cargo de lo que el Sr. Figueras ha manifestado, recordando unas palabras que yo pronuncié en cierta ocasión; como si yo fuera capaz de olvidar las palabras que haya pronunciado.

Si yo dije un día, desde aquella montaña, que cuando todo acabase, que cuando por desgracia no hubiese rey, deberíamos decir: «el rey ha muerto, viva la nación». Pues esto mismo repito ahora; pero digámoslo cuando el rey se haya ido. (Aplausos.)

Dígame, que él tiene derecho una conciencia honrada que se levanta a exponer sus honradas, sus sinceras y sus patrióticas manifestaciones.

Es que la Constitución no os da los medios para que cuando creáis que debéis reformarla, no podáis hacerlo de una manera pacífica en la serena región del derecho? Pues entonces no tenéis derecho de venir anticipando resoluciones y demostrando desconfianzas, que vuestro patriotismo explica, pero que no tienen otro fundamento.

Es llegado el momento de que provoquéis volaciones que pueden traer a este campo de la libertad la tea de la discordia?

Yo, señores, soy ministro de la corona por su nombramiento; y por merecer la confianza de la mayoría de las Cortes y de ser honrado y leal, cumpliendo mis deberes con el rey, del cual quiero hablar ahora mas que nunca, porque si acaso llega a ejecutar su resolución, yo, que recibía desde las provocaciones que a dinastismo circunstancial se dirigían en el tiempo de la prosperidad, no he de negar al rey su voto, mi palabra y mi vida en las horas de las postimerías. Yo no deseo que ese momento llegue; yo lo temo con vivísimos temores, porque yo libremente voté la monarquía, y como voté al rey y soy ministro del rey, tengo el derecho de decir que yo creía posible con esta forma de gobierno el orden y la libertad; que creía compatible la libertad con la monarquía y eso sigo creyendo ahora; si error fuese, en mi error persevero todavía.

Es lo cierto, señores diputados, que yo temo que la resolución del rey es irrevocable; y después que ha venido a hacerse pública esa resolución, temo que ha de ejecutarse. Y siendo así, yo pregunto: ¿hay situación mas clara que la del partido republicano. La situación difícil es la de aquellos que están resueltos a cumplir con sus deberes de Gobierno mientras el rey no haya puesto por obra su resolución, y mientras las Cortes no hayan provisto al gobierno de la nación del poder que estimen por conveniente. Yo sé que en la ófensa puede verse la sangre del pueblo; figuras con qué gusto he de cumplir mi deber.

Y después que lo haya cumplido hasta el último momento, también soy yo de los que han de estar donde estuviera la libertad, peleando como humilde soldado, sin mirar el lema que lleve escrito en su bandera.

Estas son las situaciones difíciles de la vida, no la vuestra, en que no tenéis que hacer sino tener paciencia, porque aquí, si el rey se va, no hay otra forma posible que la república, y vosotros estais comprometiendo la república y estais comprometiendo la libertad. (Grandes protestas en los bancos de la minoría republicana.) Mejor que interrupciones quisiera discursos, quisiera razones, quisiera que el Sr. Castelar me dijese si tengo ó no tengo razón.

Reclamáis la sesión permanente y esto quiere decir que no habiendo poder ejecutivo, asume la Asamblea todos los poderes. (Varios señores diputados: No, no.) Pues si no es eso lo que queréis decir, tanto mejor.

El Gobierno dice: yo velo por el orden mejor que puede velar la Asamblea, porque los Cuerpos deliberantes no pueden ser buenos guardadores del orden. (El Sr. Carvajal: Vela por la libertad.) Por la libertad vela el Gobierno, y si todos velamos por la libertad, ¿es preciso que de tal manera velamos que no tengamos ni un momento de descanso? No hay necesidad de tanto desvelo, empezando porque no existen los peligros que sueña el Sr. Figueras.

¿Qué ha dicho después de todo S. S.? ¿Que podía venir un gobierno enemigo de la libertad, apoyado por un ejército que puede llegar a Madrid en veinticuatro horas.

El día en que el rey pusiera en práctica su resolución, no habría otra autoridad que las Cortes, y ante ellas vendrían todos los patriotas y liberales generales que mandan las tropas. Pero donde está ese ejército de que hablaba el señor Figueras? (Un señor diputado: en Vitoria). ¡Ojalá que en Vitoria hubiese un ejército numeroso, porque bajo las órdenes de aquel capitán general sería un ejército en favor de la libertad!

Y si no hay peligro ni necesidad de sesión permanente, y dentro de la Constitución está el rey reinando, y delante del rey, para cubrir sus actos y resguardarle, están los ministros, y dentro de la Constitución hay medios de resolver todos los conflictos, ¿podemos hacer lo que pretendéis?

¡Ah, señores! No expongo esta idea con un espíritu egoísta; os lo digo, porque las circunstancias son graves; os lo digo con toda la sinceridad de mi alma; conviene suscitar aquí una votación? Yo os decía al empezar estas desahogadas palabras, que os estabais preocupando del momento de hoy, y cerrais los ojos ante el momento de mañana. ¿Qué dificultad, señores para toda solución! ¿Qué deseos! ¿Qué muchedumbres! ¿Qué desórdenes! ¿Qué esperanzas! ¿Qué impacencias! ¿No creéis, señores, que con todo esto, apenas será bastante el con-senso unánime y enérgico de todos para salvar la libertad? Si hay quien lo crea, que lo diga, y si no hay quien lo crea, ¿no comprendéis que es muy funesto para mañana «suscitar discursos, ni casi votaciones, por medio de esa ni de ninguna proposición?

Pero si esto es así, yo invoco el patriotismo de todos, y os digo: no procureis divisiones; retirad la proposición, no penséis en ningún procedimiento que no nazca de la legalidad y de la Constitución, que da salida para todos los conflictos; porque es menester que del caos nazca y se engendre una creación, y es menester que salga del derecho, que salga de esta Asamblea. Si en vez de nacer así esa creación, nace de las calles y de las barricadas, la libertad está perdida; y si sale de aquí, podemos estar persuadidos de que hay grandes esperanzas de que se salven la patria y la libertad.

El Sr. FIGUERAS: Si alguna vez, señores, podría maldecir el Verbo divino que hace al hombre el ser mas digno de la creación, yo maldeciría en este momento la palabra del Sr. Martos, que tiende a propinar la esta mayoría una dosis de beleño para que se duerma y se despierte mañana ahorrada y viendo la libertad completamente perdida.

S. S. ha tenido halagos para muchos, esperanzas para algunos, anfibologías para todos, pero razan, ninguna. ¡Ah, señores! En las palabras del señor ministro de Estado encuentro el argumento mas poderoso para que se apruebe la proposición. Segun las explicaciones que S. S. ha dado, cree que desgraciadamente la resolución del rey es irrevocable; y después de que la cuestión ha venido aquí, es inverosímil, es imposible que retroceda; pues entonces, señores, ¿qué inconveniente hay en que estemos en sesión permanente? Si hay quien quiera dormir, que duerma. Nosotros, cuando está en peligro la libertad de la patria, no necesitamos reposo; el Dios de las batallas que nos manda estas horas de amargura, nos dará fuerza para sostene la inmensa pesadumbre que ha tenido a bien echar sobre nosotros.

Esperemos aquí, con el digno señor presidente en su sitial, con los secretarios en los suyos, no nos movamos los que tenemos la sospecha de que en este momento se estan fraguando planes que pueden llevarse a cabo en contra de la libertad y en contra de este Cuerpo.

El Sr. CASTELAR: Señores diputados, no espere la Cámara de mis labios un discurso en estos momentos graves y solemnes, en que solo resoluciones patrióticas me dictan el corazón y la conciencia. No es posible hablar cuando cada momento que pasa puede ser un peligro para la libertad, y puede malograr la suerte de nuestra generación y de las generaciones venideras. Llevo hoy las galas de la elocuencia, me parecería un crimen como el de Neron, tañendo la cítara ante el incendio de la patria.

En mi vida, señores, he admirado tanto la elocuencia, la grandeza de la palabra humana, como al oír al señor ministro de Estado en uno de los más bellos discursos que han salido de sus labios. S. S. invocaba mi patriotismo, mi sensatez, mi mesura. Ya sabe S. S. que no necesito invocarlos. Yo soy patriota, yo soy mesurado, yo soy sensato por convicción y por temperamento siempre, y más en estas circunstancias supremas en que una imprudencia, una insensatez de alguno puede hacer que caiga sobre nosotros el ciego de la patria.

Señores, se necesita en política prescindir de vanas fórmulas y de vanos procedimientos, buenos para los poderes jurídicos, pero que no son buenos para los poderes políticos. Se necesita ir a las entrañas de las cuestiones, a la realidad de las cosas. Ningún discurso, por elocuente que sea; ningún ministerio, ni siquiera esos ministros que tantos servicios han prestado a la libertad, pueden conseguir que lo que es de ser, y que la realidad dje de imponerse a todos con su incontrastable imperio. La realidad es, señores diputados, que aquí, sin provocación de nadie, sin desacato de nadie, sin que nadie haya faltado, ni las Cortes, ni el pueblo, ni el Gobierno, ni las autoridades populares, ni las autoridades políticas, sin que hubiese siquiera una nube, el rey, el rey permanente, el rey vitalicio, el rey hereditario ha anunciado públicamente y solemnemente que arroja sobre ese pavimento la corona de España. (El señor presidente del Consejo de ministros oprime la palabra.)

¡Ah, señores! permítame el señor presidente del Consejo de ministros, se lo pido en nombre de tanto como he trabajado para que aquí no viniera una solución de fuerza; se lo pido en nombre de aquel silencio que se creía convenido con su señoría y que era tributo prestado a la libertad y a la patria; se lo pido en nombre de los servicios que ha prestado, para que no llegáramos a situaciones de fuerza, olgáme S. S.; no crea que soy un diputado de oposición, un reldico ó un argumentador; soy un patriota, un español que quiere que salvemos a España. Si tenéis razón, yo os lo doy; pero dádme la si yo la tengo, y no nos empeñemos en resolver este asunto por disensiones de amor propio.

¡Ah, señores! ¿Qué somos aquí? Desde los que se sientan en los bancos de la minoría moderada hasta los que representan los matices más subidos del partido liberal, ¿qué somos sino amantes primero de la patria, después de la libertad y amantes todos del orden? Y creedme: cuando tantas y tan diversas huestes nos amenazan: cuando las provincias del Norte están en guerra; cuando Cataluña ve descender del monte a la llanura tantas tempestades; cuando todas nuestras conquistas están amenazadas, ¿no hemos de juntarnos todos en el sentimiento común de salvar aquí la revolución moderna, de salvar la libertad y España?

Yo digo, señores diputados, yo digo que los periódicos lo han dicho, que el telégrafo lo ha referido, que el ministerio lo ha contado pública y solemnemente. Podedes doleros; yo doy a la lealtad todos sus derechos: podedes quejados; yo doy al desengaño desahogo para toda suerte de quejas; yo creo que es justo, que es legítimo vuestro dolor; pero monárquicos, debeis decirlo como los ángeles de la leyenda alemana: no tenéis rey, estais huérfanos.

Pues qué, señores diputados, ¿se puede dejar la patria, venir a esta tierra de la caballería y del heroísmo, ceñirse aquella corona que llevaron Fernando III y Carlos V., llamarse jefe de la nación española, de esta grande, de esta extraordinaria nación, y luego decir, por motivos que yo respeto, por razones que yo no discuto, decir: pues sabed que no tenéis jefe, que no tenéis rey, que no tenéis dinastía, que no tenéis estabilidad en el Gobierno, que no tenéis orden legal, que todo está destruido, porque una genialidad de mi corazón de jóven y una ignorancia quizá del pueblo que rijo, me obligan a una renuncia, aunque esta renuncia traiga consigo todas las complicaciones posibles? (El Sr. Olave pide la palabra para defender al rey.)

En las repúblicas no pasa esto: en las repúblicas mas exageradas, en las repúblicas mas federales, en las repúblicas mas libres, hay un vicepresidente que sustituye al presidente en el momento mismo en que el presidente se inhabilita; y ni por una hora, ni por un minuto, ni por un segundo se suspende el poder supremo de la nación, como no se suspende en nuestra vida fisiológica la respiración. Vosotros habéis querido con grande, con extraordinario patriotismo, yo lo reconozco, habéis querido una dinastía, porque creáis esa dinastía menos sujeta a oscilaciones, menos sujeta a las pasiones de las muchedumbres; habéis querido una dinastía, porque creáis que con esa dinastía estaba completamente fija en la tierra la rueda de la fortuna, y en menos tiempo que hubiera vivido un presidente de república, ese monarca, sin que nada lo anunciase, sin que nada lo preparase, despidiendo un rayo en cielo sereno, os abandona a vosotros, y vosotros queréis, por cuestión de etiqueta, que se sacrifique la nación a esa dinastía que se va.

¡Ah, señores! ¿En qué tiempos, en qué nación por cuestiones de etiqueta parlamentaria, cuándo, cómo, yo me permito preguntárselo a mi elocuentísimo amigo el señor ministro de Estado, que es una de las glorias de la tribuna española; yo se lo pregunto a él, que conoce tan profundamente la historia parlamentaria, cuándo, en qué nación a las cuestiones de etiqueta, a las cuestiones de procedimiento se ha sacrificado la salud de la patria? ¿Os parece que hubieran procedido bien nuestros predecesores de 1808, cuando después de haberse ido el rey Fernando VII dejando huérfana la nación, ellos transformaron completa y absolutamente la monarquía, la quitaron las prerrogativas, y los privilegios, y la transformaron de monarquía absoluta en monarquía democrática; os parece que debieron detenerse ante la consideración de que el estaba ausente, de que el rey nos dejaba? Pues qué, ¿algun político se ha detenido ante esas consideraciones? No se han respetado ni siquiera los tratados internacionales.

Veía el príncipe de Bismark aglomerarse la cólera de Francia, tenía una línea trazada a sus ambiciones por el tratado de paz celebrado después de la batalla de Sadowa, que se llamaba la línea del Mein; no podía traspassarla, y sin embargo la traspassó para formar aquella gran unidad militar que fué la salvación de la Alemania.

Pues qué, ¿puede extrañarse el rey que confió, y no en vano, a la lealtad del Sr. Ruiz Zorrilla la persona de su hijo; puede extrañarse, y lo repito, el rey que confió, y no en va-

no, a la lealtad del Sr. Ruiz Zorrilla la persona de su hijo, que nosotros nos apresuremos a salvarnos sin guardar fórmulas, cuando él tenía un tratado internacional con Francia, firmado por su propia mano y por la mano de sus ministros, revisado en el Parlamento; tratado que invocaba el gobierno francés en los momentos mismos en que aquella Francia, que casi había hecho a Italia, se encontraba en el fondo del abismo, y sin embargo, ese tratado no impidió el que las tropas de Víctor Manuel pasaran el Tiber, entraran en Roma, destruyeran el poder mas antiguo de la historia moderna, y proclamaran la monarquía constitucional, todo por la salud de Italia y por la salvación de la patria?

¡Ah! No puede saber el Sr. Ruiz Zorrilla, a quien yo tanto quiero por los servicios prestados a la libertad, no puede saber esa mayoría el dolor con que yo he oído eso de mayoría monárquica y minoría republicana. Pues qué, ¿por ventura es esto una academia? ¿Vamos por cuestiones abstractas de forma de Gobierno, a sacrificar lo esencial, que es la libertad y la patria? ¿Pues no he oído yo en vosotros, no he oído yo en vuestros elocuentísimos discursos que es indiferente la forma de Gobierno? ¿No me habeis dicho siempre que lo sustancial, lo esencial era la libertad y la democracia?

Y cuando nosotros no hemos derribado la monarquía cuando en cierta medida y hasta cierto punto os hemos ayudado en este último ensayo de alianza entre la monarquía y la libertad, si la monarquía se va, vosotros, como retróicos y bizantinos, vais a sacrificar la libertad en aras de una monarquía fugitiva. ¡Ah! si a todos inspirara ese Gobierno la confianza que a mí me inspira; si en las muchedumbres hubiese la evidencia que en mí hay; si todos conocieran su historia y sus compromisos por la libertad como yo los conozco, no tendría miedo alguno; pero no podedes hacer, no, a vuestra imagen y semejanza las naciones; no podedes evitar que haya incertidumbre en Madrid, que haya incertidumbre en las grandes capitales, alteración en todas partes, zozobra, zozobra que puede conducirnos a una horrible catástrofe.

Yo os pido, yo os ruego, no como diputado de la minoría, como español, yo os pido, yo os ruego que eviteis esta catástrofe con una solución próxima, ya que si pudieseis salvar al rey, no podríais salvar su autoridad y su prestigio.

Señores, ¿cómo he de creer yo que fundemos aquí un gobierno de partido? Yo lo he dicho siempre a mi partido; yo se lo repito ahora. ¿Queréis que la democracia sea, que su forma de gobierno, la república, sea el patrimonio de un partido? Es como querer que sea patrimonio de un partido el aire de la atmósfera y la luz de las estrellas. No, la república es para todos; la república es por todos; la república es de todos; la república, quedando la nación huérfana, es la nación misma, que recoge su soberanía sobre todos sus hijos, como madre amorosa que es de todos nosotros.

(Se continuará.)

NUESTRA ACTITUD.

En los difíciles momentos porque la patria atraviesa, el deber de todo buen ciudadano es contribuir con sus honrados propósitos a facilitar la marcha ordenada del poder llamado a restablecer la tranquilidad y a dar confianza a las fuerzas vivas del país, embargadas por el temor, la duda y la desconfianza que todos sienten, ante los temores de que pudiéramos vernos envueltos en el torbellino de las encontradas aspiraciones que hoy se disputan el primer puesto entre los llamados a regirnos por la imperiosa ley de los acontecimientos.

Desde que aparecimos en la arena periodística, dimos al viento con tanta decisión como energía la bandera de nuestros principios, ostentando orgullosos en ella los de libertad, orden, justicia e integridad nacional, lema sacrosanto que deben defender todos los partidos que en algo estimen la ventura de nuestra querida España.

No sabemos, al escribir estas líneas, cual será el acuerdo que al fin adopte la Asamblea erigida en soberana, y por consiguiente, árbitra de nuestros destinos; pero cualquiera que sea su determinación, cualquiera que sea su acuerdo, sea la que quiera la forma con que en adelante funcione el poder ejecutivo, nosotros le acataremos y le apoyaremos si a todo trance sostiene la libertad contra la licencia, el orden contra la anarquía, la justicia contra la arbitrariedad, la independencia y la integridad patria contra el menguado filibusterismo.

Así lo consignamos, porque creemos firmísimamente que los que se han constituido en mandatarios del pueblo, en centinelas de sus derechos, en fieles guardadores de su porvenir, no crearán un poder que no nazca revestido de la fuerza y el prestigio que dá el haber obrado con estricta sujeción a la ley, obedeciendo en un todo a las prescripciones del derecho.

Pero si a pesar de nuestras esperanzas se apelará en tan solemnes momentos a una imposición violenta, a una transacción arbitraria, el poder nacerá falto de fuerza y prestigio y tarde ó temprano habrá de dolerse de haber contribuido a agravar nuestros males en vez de haber sido el puerto de salvación para la nave del Estado.

Escuchemos todos la voz del patriotismo, despojémonos un momento de la pasión de partido, y contribuyamos cada cual en su esfera a librar a la patria del caos que le amenaza.

La Bolsa ayer presentó el mismo aspecto que en días anteriores, las noticias que cada media hora se recibían, hacían oscilar los cambios segun la gravedad de ellas.

El consolidado en el Bolsin, llegó a cotizarse a 22-35, pero en Bolsa bajó a 21-90.

En el Bolsin de la noche se hicieron muy pocas operaciones a 22-05.

Los tenedores de papel están alarmados, y sabemos que de provincias se han dado órdenes para vender valores.

Los acontecimientos no pueden menos de influir desfavorablemente en los fondos públicos.

En otro lugar verán nuestros lectores las patrióticas declaraciones de nuestros amigos los señores Ulloa y Romero Ortiz, que les han conquistado el primer puesto entre los que merecen bien de la nación, porque al hacerlas obraron como obrar deben los que anteponen a las miserias de la política el bien y la tranquilidad del país.

Los hombres de todos los partidos elogian la digna actitud de nuestros amigos.

El nuevo Gobierno republicano, ha quedado constituido en la siguiente forma:

Presidencia sin cartera, Figueras.
Gobernación, Pi y Margall.
Estado, Castelar.
Gracia y Justicia, Salmeron (D. Nicolás).
Ultramar, Salmeron (D. Francisco).
Hacienda, Echegaray.
Marina, Beranger.
Guerra, Córdova.
Fomento, Becerra.

CORTES.

CONGRESO.

Sesión del día 11 de Febrero.

A las tres en punto se abre la sesión. Las tribunas están llenas de espectadores y los bancos de los diputados se pueblan instantáneamente. El señor presidente anuncia que se va a leer una comunicación del Gobierno, que contiene un mensaje del rey, y el secretario Sr. Lopez (D. Cayo) sube a la tribuna, y, en medio del mayor silencio de las tribunas y la más profunda atención de los diputados, lee los siguientes documentos.

«Presidencia del Consejo de ministros.—Excmo. señor.—A la una y media de este día me he personado con el señor ministro de Estado en la real cámara a instancia de S. M. el rey (D. G.), el cual me ha hecho entrega del adjunto documento, que tengo el honor de acompañar a V. E. para que se sirva dar conocimiento de él al Congreso. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid 11 de febrero de 1873.—Manuel Ruiz Zorrilla.

AL CONGRESO.

Grande fué la honra que merecí a la nación española eligiéndome para ocupar su trono; honra tanto más por mí apreciada, cuanto que se me ofrecía rodeada de las dificultades y peligros que lleva consigo la empresa de gobernar a un país tan hondamente perturbado.

Alentado, sin embargo, por la resolución propia de mi raza, que antes busca que esquivar el peligro, decidido a inspirarme únicamente en el bien del país y a colocarme por cima de todos los partidos, resuelto a cumplir religiosamente el juramento por mí prestado ante las Cortes Constituyentes, y pronto a hacer todo linaje de sacrificios por dar a este valeroso pueblo la paz que necesita, la libertad que merece y la grandeza a que su gloriosa historia y la virtud y constancia de sus hijos le dan derecho, creí que la corta experiencia de mi vida en el arte de mandar sería suplida por la lealtad de mi carácter, y que hallaría poderosa ayuda para conjurar los peligros y vencer las dificultades que no se ocultaban a mi vista, en las simpatías de todos los españoles amantes de su patria, deseosos ya de poner término a las sangrientas y estériles luchas que hace tanto tiempo desgarran sus entrañas.

Conté que me engañó mi buen deseo. Dos años largos he visto que cifo la corona de España, y la España vive en constante lucha, viendo cada día más lejana la era de paz y de ventura que tan ardientemente anhelo. Si fueran extranjeros los enemigos de su dicha, entonces, al frente de estos soldados tan valientes como sufridos, sería el primero en comba-

tirlos; pero todos los que con la espada, con la pluma, con la palabra agravan y perpetúan los males de la nación, son españoles; todos invocan el dulce nombre de la patria, todos pelean y se agitan por su bien; y entre el fragor del combate, entre el confuso, atroz y contradictorio clamor de los partidos, entre tantas y tan opuestas manifestaciones de la opinión pública, es imposible afirmar cuál es la verdadera, y más imposible todavía hallar el remedio para tamaños males.

Lo he buscado ávidamente dentro de la ley, y no la he hallado. Fuera de la ley no ha de buscarlo quien ha prometido observarla.

Nadie achacará a hezura de ánimo mi resolución. No habría peligro que me moviera a descender de la corona, si creyera que la llevaba en mis sienes para bien de los españoles: ni causó me en mi ánimo el que corría la vida de mi augusta esposa, que en este solemne momento manifiesta como yo el vivo deseo de que en su día se indule a los autores de aquel atentado. Pero tengo hoy la firmísima convicción de que serán estériles mis esfuerzos e irrealizables mis propósitos.

Estas son, señores diputados, las razones que me mueven a devolver a la nación, y en su nombre a vosotros, la corona que me ofreció el voto nacional, haciendo esta renuncia por mí, mis hijos y sucesores.

Estad seguros de que al desprenderme de la corona, no me desprendo del amor a esta España tan noble como desgraciada, y de que no llevo otro pesar que el de no haberme sido posible procurarla todo el bien que mi real corazón para ella apetecía.—Amadeo.—Palacio de Madrid 11 de Febrero de 1873.

El señor presidente (Rivero) dice que, devueltos por don Amadeo de Saboya a la Asamblea los poderes que le había confiado, se está en el caso de enviar un mensaje al Senado para que, constituyéndose ambos cuerpos en Asamblea nacional, esta provea al gobierno del país.

Consultada la Cámara por un señor secretario si así lo acuerda, casi todos los diputados se ponen de pie en señal de afirmación. Pero el Sr. Salaverría pide la palabra y el presidente se la acuerda.

En breves y bien coordinadas frases, el Sr. Salaverría dice que ni él ni sus amigos, a cuyo nombre habla, se proponen aumentar las dificultades del momento, sino buscar la solución más legal y más conveniente a la patria. Pide, pues, a la Cámara no se separe de los procedimientos constitucionales establecidos para estos casos en la ley fundamental, petición que corrobora y e fuerza con su acostumbrado talento el Sr. Ulloa (D. Augusto).

Después de oír atentamente a estos dos oradores, es de nuevo consultada la Cámara y esta acuerda que se envíe al Senado el mensaje indicado por la presidencia. Mientras el Senado, que se halla reunido, viene al Congreso se suspende la sesión de este.

A las cuatro y cuarto llega el Senado, que es recibido en la puerta del edificio por los secretarios del Congreso. Los senadores entran en el salón de sesiones, y el presidente declara que ambos cuerpos quedan constituidos en Asamblea soberana.

Los ministros, excepto el de Guerra y el presidente del Consejo, llevando a su cabeza al de Estado, se presentan en el banco azul.

El señor presidente preguntó si se acepta la renuncia del rey, y la Asamblea lo acuerda así por unanimidad en votación ordinaria.

Admitida la renuncia del rey, el Sr. Martos, después de decir que el presidente del Consejo no se ha presentado a la cabeza del Gobierno por hallarse indispuerto, dice que el ministerio resigna sus poderes en manos de la Asamblea nacional.

Se acuerda dirigir un mensaje al rey participándole el dolor con que la Asamblea ha admitido su espontánea y deliberada renuncia y se nombra una comisión para redactar ese mensaje? pregunta de nuevo el señor presidente, y así se acuerda levantándose todos los diputados y senadores presentes.

En seguida se da cuenta de la comisión nombrada para redactar el mensaje, se retiran los individuos de ella y se suspende la sesión.

(Se continuará).

DESPACHOS TELEGRAFICOS.

PARIS 8.—La comisión de los treinta ha desechado tres proposiciones del Sr. Dufaure, aprobando únicamente la redacción del dictamen de la subcomisión.

El Sr. de Broglie ha sido nombrado secretario.

LISBOA 10 (noche).—Las noticias de España han producido gran sensación aquí.

HABANA 6 (vía Bilbao).—Ayer se abrió la suscripción del empréstito de la isla de Cuba.

PARIS 10.—En la Bolsa se han cotizado:

El 3 por 100 francés a 55-60.

El 5 por 100 id. a 90-70.

El exterior español a 26-1/2.

Consolidados ingleses a 92-3/8.

Bolsin.—El exterior español viejo a 25-5/8.

Idem de 1871 y 1872, a 25-3/8.

El interior español a 22-5/8.

ÚLTIMA HORA.

Se habla de desórdenes en algunas provincias, y es de temer, en vista del repentino cuanto imprevisible cambio que sufre nuestro régimen gubernamental.

No queremos hacernos eco de ninguna de las noticias que hemos oído, no se crea tratamos de alarimar al público un tanto más de lo que está.

Continúan las mismas precauciones militares que en la noche última, aunque no hay patrullas por ninguna parte, lo cual ha extrañado el vecindario, pues en vez de estar las fuerzas reconcentradas en ciertos y determinados puntos, debiera haberse destinado alguna a prestar aquel servicio, lo cual hubiera contribuido mucho a tranquilizar los ánimos.

Se asegura que, una vez constituido el Gobierno, anunciará tres disposiciones importantes, de acuerdo con los deseos manifestados por algunos diputados:

Decir que la deuda continúa bajo la salvaguardia de la nación.

Reforzar el ejército, para lo cual se concederá un crédito extraordinario, y manifestar que se tomarán las medidas necesarias para conservar la integridad del territorio.

Anoche ha continuado la tranquilidad en Madrid, pues varios grupos que han recorrido algunos puntos de la población gritando ¡viva la república federal! se han limitado a esta expansión, natural en los que deseaban el triunfo de su ideal político.

Varias juntas federales se instalaron en la casa de Astrearena, calle de la Montera, teatro del Principe y otros puntos, colocando centinelas; pero no molestaron a nadie, si bien en algunos hicieron desembozarse a los transeúntes.

Hemos visto en diferentes casas faroles y banderas rojas, que creemos indican estar allí establecidas las juntas federales de distrito.

Se dice que los nuevos ministros se han reunido en Consejo, y que inmediatamente pasarán a hacerse cargo de sus respectivos departamentos.

Los carlistas han hecho circular la grave noticia de que sus correligionarios se han posesionado de una importante capital y plaza fuerte.

SANTO DE HOY.

Santa Olalla vírgen y mártir.

CULTOS.—Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de los Servitas.

Visita de la Corte de María.—Nuestra Señora del Pilar en Monserrat ó en San Andrés.

SEÑALAMIENTOS PARA HOY.

Caja de Depósitos.—Intereses de depósitos en efectos públicos, segundo semestre de 1872, números 51 al 53 de sorteo carpetas números 4.811 a 20, 2.61 a 70, 5.11 a 20, 4.021 a 30, 1.271 a 80, 1.511 a 20, 1.781 a 90 y 351 a 60 de señalamiento.

Idem de resguardos al portador, segundo semestre de 1872, lotes 91 a 100 de sorteo, carpetas números 11 a 20, 841 a 50, 331 a 40, 1.1 a 10, 831 a 40, 371 a 80, 451 a 70, 281 a 90, 61 a 40 y 441 a 50 de señalamiento.

Bonos amortizados en 27 de diciembre de 1871, facturas números de sorteo 377 a 581.

Deuda pública.—Intereses del 3 por 100 consolidado interior, facturas números 3.251 al 3.260, 5.031 al 5.040, 1.161 al 1.170, 3.461 al 3.470, 4.631 al 4.640 y 111 al 120.

FUNCIONES PARA HOY.

TEATRO NACIONAL DE LA OPERA.—A las 8 1/2.—F. 90 de ab.—T. 3.º par.—Mosé.

TEATRO ESPAÑOL.—A las 8 1/2.—F. 150 de abono.—T. 3.º p.º.—La vida es sueño.—Los parvulitos.

MARTIN (Santa Brígida).—A las 4 1/2.—El segundo mandamiento.—La antesala del ministro.—El arcadiario de San Gil.—Los locos de leganes.—Baile.

SALON ESCLAVA (Pasadizo de San Ginés).—A las 8.—Vestir imágenes.—Por huir de mi mujer.—El portero es el culpable.—Un domine como hay pocos.—Baile.

RECRO.—A las 8.—Las amazonas del Tormes.—La Epístola de San Pablo.—El juicio final.

ALHAMBRA.—A las 8.—Un año después.—Candidato.—En busca de un heredero.—Por no escribirle las señas.—Baile.

BOLSA DE AYER.

Renta perpetua al 3 por 100, 22-00.
Pequeños, 22 00.
Renta perpetua exterior al 3 por 100, 27-00.
Deuda del personal, 00-00.
Billetes hipotecarios segunda serie 100-50.
Bonos del Tesoro, 72-00.
Idem en cantidades pequeñas, 00 00.
Resguardos al portador, de la Caja de Depósitos, 00 00.
Obras públicas de 1.º de Julio de 1858 de 20.000 rs. 00-00.
Obligaciones generales de ferro-carriles de 2.000 rs. 43-80.
Idem id., id., de 20.000 rs. 43-30.
Idem de Avar a Santander de 2.000 rs. 00-00.
Acciones del Banco de España 172-00.

MADRID.—1873.

IMPRENTA A CARGO DE JUAN INIESTA.
Hortaleza, 128.

Y cogiendo entre sus manos, trémulas por la emoción y el dolor, aquella hermosa cabeza lánguida y velada por una próxima agonía, sellaba con apasionados labios sus más delicados perfiles.

—Aunque para ello tenga que volver a mi país a pie, he de gastar el último átomo de hidrógeno en mi mechero, y diciendo, dió mayor fuerza a este.

El gas, encerrado bajo la cubierta del Regina, adquirió mayor tensión, y este empezó a verifcar su fuerza ascensional con una rapidez maravillosa.

El pobre hombre creía hallar la vida de su hija en las alturas más elevadas de una atmósfera refrescante; pero ¡ay! Harry se enganaba; su hija se hallaba enferma del alma, y eso solo el Creador podía curarla mediante un milagro que nuestros aeronautas estaban muy lejos de creer cruzando aquellas inmensas regiones.

El Regina se elevó a quinientos pies de altura más sobre la luna, pero apenas sufrió alguna ligera desviación, pues la impasible atmósfera que allí reinaba, se hacia cada vez más insoportable.

—Hace tres horas que atravesamos el desierto y aún no se dominan desde esta elevación sus estensos límites.

El doctor estendió su vista sobre el desierto, una espesa nube cenicienta y espesa comenzaba a elevarse a lo lejos ganando a pasos agigantados la llanura; poco a poco, fué haciéndose más perceptible.

Harry dejó escapar de sus labios una exclamación.

—¡Un incendio! apostaría a que esos demonios de vespertillos salvajes acaban de cometer una de sus muchas atrocidades abrasando algun bosque vecino.

Pero la admiración del doctor creció; cuando con el auxilio de su anteojo vió abrirse la tierra en grandes

—¡Tú, pobre niña! ¡Sessy! ¡Sessy! Y el doctor no pudo contener las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Yo, doctor, no es la hija la que habla al padre, es la amiga, la compañera, la voz de mi patria, de la tuya, a la que un día dijiste: «Yo he seguido con avidez los descubrimientos que han señalado el primer tercio del siglo XIX y ambiciono la gloria de ver a mi país elevarse más y más en esa peligrosa vía de los descubrimientos. Para ello he pasado incansablemente horas enteras de vigilia, estudio y trabajo con la esperanza de lograr un día ser de alguna utilidad a mi país.»

—Sí, sí, repetía con voz conmovida Harry Slay al recordar sus palabras.

Sessy continuó coloreada por el entusiasmo de que accidentalmente se hallaba poseída.

—Espera, aún recuerdo tus palabras como si las estuviera leyendo: «Si esta tentativa tiene buen éxito.» Todos te contestaron: «le tendrá, le tendrá!» lo oyes, padre mio, y recalando mas la frase, repitió, le tendrá.

—¡Oh! ¡Sessy! ¡Sessy! ¿qué intentas, qué esperas? ¡habla!

—Pues bien, padre, en nombre de mi patria, de la tuya, de la de... de... Ketrlí, y al expresar este nombre, la joven arrojó un mar de lágrimas; en nombre de nuestra patria, volvió a decir, prométeme, si yo muero, no retroceder ante ningún obstáculo. Nadia mejor que yo conocía los peligros de esta temeraria empresa, pero estos dejaron de existir completamente desde que tú te has decidido a arrostrarlo, en ello va nuestro nombre, nuestro honor, y la felicidad de nuestro país entero.

—Gracias, gracias, Sessy, articuló aquel pobre hombre lleno de reconocimiento. No esperaba yo menos de tí.

yo dejaré de existir, dijo Sessy con voz desfallecida.

—¡Sessy! ¡Sessy! exclamó el pobre Harry sollozando y en medio de su dolor.

Esta le miró con languidez; por fin dijo:

—¡Sufres! ¡He sido demasiado dura con mis palabras! Lo sé. Mi desesperación... luego, yo soy una loca; en medio de nuestro infortunio, ¿qué más pudiera desear? cerrar los ojos en brazos de un padre apasionado de su hija; ¿no es una verdadera felicidad?

La joven echó sus desnudos brazos al cuello.

Harry; no sabemos lo que dijo; pues el llanto, la desesperación, un delirio loco, frenético, ahogaban en sus labios las palabras.

—No te aflijas, continuó la joven, y escúchame.

Harry escuchó. Si muere (Harry hizo un movimiento de inquietud) es preciso que nos conformemos con esta idea, pues mi estado bien te dice la realidad de los hechos, para un porvenir cercano, si Dios no lo remedia, por medio de un milagro.

—¡Un milagro! no, Sessy; ¡Dios es justo! Dios ve cuanto sufres; conoce mi desesperación y se apiadará de nosotros.

—Es la única esperanza que he tenido hasta ahora, siempre he sentido mi corazón bendicho de la fe; pero ahora...

La joven no continuó, se contentó con menear la cabeza en señal de duda.

—¿Ahora no? preguntó el doctor con tristeza.

Sessy guardó silencio.

—Sessy, serena tu espíritu, dijo Harry tratando de dar algun consuelo a la enferma y acallar los gritos de su conciencia.

—Esta sonrió dulcemente, pero su sonrisa era la de un mártir, la de una santa más bien que la de una mujer.

